

LA LLEGADA DEL SEÑOR SALMERON

De paso para Almería, llegará hoy a esta en el tren de la una don Nicolás Salmerón y Alonso.

Sus amigos de Lorca han tratado de prepararle un recibimiento superior a lo que sus fuerzas lo permiten, y para ello no han vacilado en dirigir una carta invitación al Presidente del comité de coalición republicana.

Ayer aparecieron en las esquinas unos anuncios, en los que se invita a los republicanos a que acudan a recibirle; y como esta invitación, en los términos en que se halla redactada, pudiera creerse que va dirigida también al partido republicano coalicionista, deber nuestro es manifestar de modo terminante, lo que ya tenemos dicho oportunamente; esto es, que de ningún modo nos consideramos obligados a acudir a dicho acto. Somos y seremos siempre los primeros en acudir a rendir homenaje a la virtud y al talento donde quiere que los miremos, pero de ningún modo y hoy por hoy mucho menos, en la personalidad de D. Nicolás Salmerón y Alonso, del hombre que no se da punto de reposo para propagar la cizaña en el campo republicano; del que por medio de su órgano en la prensa «La Justicia» zahirió, faltando a todos los respetos y consideraciones, al republicano intachable, al cumplido caballero el Excmo. Sr. D. Manuel Ruiz Zorrilla; del que se declaró enemigo de la gran coalición republicana, único organismo en España que lucha sin tregua ni reposo por la instauración de la república; del Presidente de la República que declaró piratas a los buques españoles, único caso en la historia de las naciones; del que menospreciando al pueblo, le acusó de no tener bastante hierro en su sangre ni en su cerebro; del dolorosamente sorprendido cuando los sucesos del 19 de Septiembre, del hombre, en fin, que desertando de las filas del gran partido republicano progresista, se declaró su mortal enemigo.

Y no nos consideramos obligados a darle la bienvenida por esta vez, porque no es el hombre de talento, no es el hombre de ciencia el que viene a visitarnos; el que hoy llega a Lorca, es el propagandista de una política que consideramos suicida para la causa republicana, es el enemigo del gran partido revolucionario, y como nosotros no creemos en la virtualidad de los procedimientos que emplea el señor Salmerón, y como además, por convencimiento y por amor a la república seguimos y observamos sin vacilar los acuerdos adoptados en la gran Asamblea de Coalición republicana, a la que el Sr. Salmerón combate, los republicanos coalicionistas de Lorca, no tenemos por qué acudir a recibir al Sr. D. Nicolás Salmerón y Alonso.

Y como justificante de nuestra actitud, y por creerlo de oportunidad, publicamos a continuación, los bien escritos artículos de nuestros colegas *El Motín* y *La República* de Madrid.

MENDIGO ELECTORAL

Si no lo presenciáramos, no creeríamos que el rebajamiento de caracteres llegase a tal punto en los momentos actuales.

Si fuera solo entre monárquicos, no nos extrañaría; la tracción y el régimen no dan otros frutos.

Pero es entre republicanos, entre hombres que, más o menos distantes en determinadas ideas, al fin son de los nuestros, y esto nos hace bajar los ojos, avergonzados cual si tuviéramos alguna culpa en ello.

Todos sabemos que Pi y Salmerón se han odiado siempre y se han tirado al codillo; nadie ignora que uno y otro se han desacreditado siempre también.

Pero llegan las elecciones; y cual si la ley del sufragio universal llevara en sí gérmenes de perdón y olvido, ambos se ven, se conciertan y se unen para hacer triunfar sus candidaturas, después de condenar ambos la revolución.

Todavía se concebiría que el señor Pi, que al fin tiene un partido, fuera generoso y perdonara a su enemigo y constante detractor; lo que no se concibe es la conducta del Sr. Salmerón.

No tener votos que llevar a las urnas, y andar de ceca en meca predicando la fraternidad electoral, adulando a los partidarios de Pi, es mendigar, es ponerse en ridículo; es confesar que ante el interés propio debe ceder la convicción.

Indignado como nosotros nuestro querido colega *La República* ante este espectáculo, no ha podido callar y ha publicado el siguiente artículo:

EL PERDON DE LAS INJURIAS

La actitud coalicionista que recientemente ha adoptado el Sr. Pi y Margall y sus sorprendentes ternuras de última hora hacia el Sr. Salmerón, parecen demostrar, entre otras cosas, contra lo que muchos creían, que tiene grandísima facilidad para el olvido y perdón de las injurias.

En efecto, pocos hombres han sido injuriados, vejados y escarnecidos políticamente en tan alto grado como el Sr. Pi y Margall por su *cariñoso amigo* de hoy señor Salmerón y por la reducida mesnada que a las órdenes del mismo forma ahora la agrupación centralista. Y ha sido objeto de esos malos tratamientos morales y políticos, precisamente cuando más podían perjudicarlo; cuando ocupaba la presidencia del poder ejecutivo.

Corría el año de 1873 y el mes de Julio. El Sr. Pi, después de haber presidido un ministerio de diecisiete días, tocaba al fin de un segundo *ministerio rotativo*, combatido encarnizadamente por Castelar y Salmerón, no obstante tener ambos representación en el mismo, por medio de amigos o delegados que ponían al Sr. Pi cuantas dificultades les sugería *su buen deseo*. Además, el ministro de la Guerra, Sr. González Iscar, que, según demostraron los hechos, estaba en infidelidad con el Sr. Salmerón, alardeaba de no hacer caso alguno de su presidente nominal, y se negaba con una franqueza lamentable a seguir sus indicaciones. En resumen, la situación del Sr. Pi tenía en aquellas circunstancias poco de airosa.

Para colmo de venturas se alzaron en armas contra el gobierno del Sr. Pi unas cuantas ciudades que se constituyeron en cantones, pretendiendo llevar a la práctica las doctrinas que el Sr. Pi había predicado en la oposición, y que no realizaba, ni cosa por el estilo, desde el poder, si es que alguno ejercía. El Sr. Pi, alarmado por aquella insurrección, mandó tropas para contenerla, y, naturalmente, hubo de permanecer más tiempo que de ordinario en el telégrafo a fin de enterarse de lo que ocurría.

Es indudable que ningún hombre de mediano sentido podía extrañar que en aquellos supremos momentos faltase el Sr. Pi a las Cortes. Los debates parlamentarios, con ser muy interesantes no revestían la urgencia vivísima del problema de la insurrección cantonal. Pero los salmeronianos, que tenían prisa por ver a su jefe en candelero y temían que se les escapase aquella hermosa ocasión, recurrieron a un medio que, aun teniendo en

cuenta los extravíos a que arrastra la pasión política, no podrá menos de parecer siempre reprobable é ilícito.

Uno de los de su cuerda se levantó a preguntar qué era lo que hacía el Sr. Pi en aquellos momentos y cómo no acudía a las Cortes a responder de los cargos que se le dirigían. Entonces otro salmeroniano y de los más significados por cierto, el señor Saiz de Rueda, pronunció estas palabras que parecerían increíbles si no constasen en el *Diario de Sesiones*. «Está conspirando.»

Facil es traducir la intención de esta frasecilla, de la que por cierto no protestó qué había de protestar? el Sr. Salmerón y Alonso. Con ella se colocaba al Sr. Pi en la categoría de una especie de Marino Faliero, conspirador desde el poder y preparador de golpes de Estado contra su propio gobierno. La acusación resultaba más grave y más ofensiva cuanto más se meditara su alcance. Basta pensar en ella para traducirla en calificativos que no hemos de expresar aquí y que están en la conciencia de todo el mundo.

Pero esta ofensa no pareció aún suficiente a los salmeronianos, y el propio jefe del grupo, desde el sitio de la presidencia de las Cortes, remachó el clavo declarando que la permanencia del Sr. Pi en el poder era un peligro para la causa de la civilización.

Mas aún no eran suficiente estas pruebas de benevolencia, y el Sr. Salmerón hizo con su antecesor Sr. Pi lo que no se hace con nadie: mantener en el ministerio de la Guerra al general González Iscar, que acababa de colocar al Sr. Pi en situación desairadísima con sus alardes de independencia, y ascender al ministerio de la Gobernación al Sr. Maisonave, que había ayudado a mal caer al Sr. Pi.

Después de estas y otras muchas pruebas posteriores de la buena voluntad del Sr. Salmerón hacia el Sr. Pi, resulta verdaderamente admirable la abnegación de éste al unirse con él en estrecho abrazo.

Nosotros, sin embargo, no podemos admirarnos de este rasgo sublime, porque *estamos en el secreto*.

El artículo, como se ve, es razonado y contundente. Cuando se ha dicho de un hombre lo que el Sr. Salmerón ha dicho del Sr. Pi; cuando sin tener en cuenta que por aquel camino se iba a la pérdida de la República, se le ha hecho la guerra cruel que el le hizo; cuando durante dieciséis años se han desconocido las cualidades que hoy graciosamente le cuega, no se puede, aunque en ello fuera la vida, adularlo de la manera que hoy lo hace, por congraciarse con su partido, que dispone de más o menos votos.

Partido que, si no estuviera supeditado en su mayoría al capricho de su jefe, se sonreiría desdeñosamente al oír ahora al Sr. Salmerón, político trashumante y orador electoral de la legua.

Sociedad de bombos mútuos

«Ciudadanos:

«Me presento a vosotros llevando con una mano al ilustre Pedro y con la otra al ilustre Pablo. He ahí mis fianzas. Había de irse muy lejos para encontrarlas mejores.»

«El ilustre Pablo os dirá lo que piensa acerca de mí, é invito al ilustre Pedro a que haga otro tanto. Lo que no os diga el ilustre Pedro, se apresurará a decirlo el ilustre Pablo. Ya veis que no escatimo. Un fiador a la derecha, otro fiador a la izquierda; me parece que me porto como es debido. ¡Y qué fiadores!»

«Añado que en el curso de mi carrera política he tenido siempre relaciones escogidas. El ilustre José, cuya muerte deploremos, gustaba de prodigarme los apretones de manos. ¡Cuántos vasos de cerveza he apurado con el célebre Gabriel y cuántas pipas, bien ahumadas en regla, he cedido al famoso Baltasar! Os invoco todavía, soles del día, astros del momento, Sebastian, Miguel, Nicolás Paneracio y otros veinte: ¡no me contaba yo, acaso, en el número de vuestros amigos? ¿No hemos andado juntos trabajando por esos caminos trabajando en los inviernos rigurosos? ¿No

«hemos compartido las patatas fritas de la amistad, y vaciado el jarro de la esperanza?»

«He ahí, pueblo, mis apoyos naturales, mis hermanos, mis iguales. Están en las cumbres y quiero elevarme hasta ellos. Me llaman a sí y vuelo hacia ellos. El ilustre Pablo me desea y el ilustre Pedro me aguarda. No queréis tenerme más tiempo al jado de mi sociedad. ¡Elegidme!»

Cuando Reybaud, autor de la célebre obra *Serónimo Paturot*, escribió este modelo de manifiesto electoral, adivinó la expedición que, andando el tiempo, iban a emprender por provincias los Sres. Salmerón, Azcarate y Cervera, en busca de votos para las próximas elecciones de diputados.

Admira el desparpajo con que se *dombean* mutuamente, y el empeño que ponen en hacer creer a los que se prestan a escucharlos que ellos son los únicos sabios, patriotas y desinteresados.

«El ilustre Salmerón... el sabio Azcarate... el científico Cervera... el sabio maestro... el portentoso discípulo...»

A creerlos, aquí no quedaría nada, el día que el grupito centralista desapareciera.

Llenos de amor fraternal hacia todos los republicanos, están dispuestos a renunciar con la mayor abnegación a los votos que no tienen, con tal que los demás partidos les den todos aquellos de que dispongan; quieren amalgamar con todos en amor, a cambio de papeletas, que son los triunfos ahora.

¡Oh almas magnánimas y generosas! Mucho nos tememos que la injusticia de los contemporáneos, que sigue a los grandes hombres y a las nobles ideas como la sombra al cuerpo, dé al traste con vuestros levantados propósitos.

Pero no temáis. La Posteridad, desahogada y justa, os dedicará estos renglones en el capítulo que reserve a ensalzar las grandes abnegaciones:

«Levaron a tal punto su sacrificio, que pidieron votos a todos.»

¡UF!...

Castelar, Salmerón y Pi han acordado, para demostrar que ellos son los que mandan, y no el pueblo, luchar juntos en Madrid en las próximas elecciones.

Si; el que apenas se llama Pedro en republicanismo, se ha unido con el que disolvió a tiros los cantonales que había engañado, y con el abogado de la familia reinante ¡Qué burla a la verdad y a la justicia!

No hace mucho, ayer, se insultaban ferozmente de palabra y por escrito, y hoy están juntos para ir a las urnas. ¡Pobre pueblo republicano en manos de politiquillos así!

Pero de todos tres, el más culpable es Pi. Los otros dos no tienen masas, y las buscan; esto es admitido dentro de la inmoralidad política. Pero Pi, que está al frente de un partido revolucionario flagelado constantemente por Castelar y atacado por Salmerón, obligarle a que vote a sus enemigos y detractores... esto es el colmo de la insensatez.

Las diversas fracciones de un partido, y aun los partidos entre sí, pueden y deben olvidar sus diferencias ante el bien de la patria; los progresistas y demócratas fusilados el 66 pudieron y debieron coligarse con la unión liberal salvando un lago de sangre y derramándola juntos para realizar aquella obra inmortal que se llama revolución de Septiembre.

Castelar, Pi y Salmerón, al unirse hoy, lo hacen atravesando el lago de cieno formado por sus pasiones, sus celos y sus envidias; pero no para nada grande, ni para correr juntos al sacrificio que crea lazos más fuertes aún que los de la fraternidad, sino para alcanzar un acto.

La del 63 fué una coalición de gigantes; ésta una de enanos; aquélla purificaba la atmósfera política; ésta la envenena; aquélla oía a patriotismo; ésta hiede a...

Lorca 17 Enero 1891.

Imp. de LA AVANZADA.